

de Boury; al lado de su tumba, quedó abierta la de Alejandrina, quien llegó a ocuparla al cabo de doce años de ansioso esperar. "Les voilà donc réunis"...

Es un bello libro el que contiene esa historia de amor y de fe. Libro de singular intensidad y de emoción, verdadera dentro de la más perfecta sencillez. De nuevo quisiera verlo en manos de las mujeres colombianas, ajado por un uso frecuente y cariñoso como ciertos ejemplares que conozco, inspiradores de esta breve página que, chambergo en mano, pongo a los pies de las *señoritas* de mi tiempo.

TOMAS RUEDA VARGAS,
Consiliario y Colegial de
este Colegio Mayor.



Víctor M. Londoño

En 1896 se publicaba en esta ciudad la "Revista Colombiana", que duró poco tiempo, como tantas otras que han aparecido en Colombia. En una de sus entregas, apareció un soneto firmado por un poeta desconocido: Víctor M. Londoño. El soneto se tituba "El Triunfo" y llamó la atención. Cuando Enrique Alvarez Henao publicó "La abeja", se juzgó que eran dos poesías gemelas, dos preciosas miniaturas trabajadas con arte exquisito en las que palpitaba un vivo sentimiento de la naturaleza y una feliz intuición del simbolismo, que ofrece una interpretación poética de los seres que pueblan el mundo visible.

Pocos meses después desapareció trágicamente de la vida José Asunción Silva y en medio del estupor que produjo tan doloroso suceso, se levantó la voz de Londoño, para entonar un himno en loor del poeta. Porque esos versos no constituyen una elegía. Londoño no llora la muerte del cantor genial del "Nocturno", lo glorifica, esculpiendo su

perfil en una losa de mármol como hubiera podido hacerlo un poeta antiguo. Nos hace recordar al bucólico siciliano Mosco, cuando conmemoró la muerte de su amigo Bion. O entre poetas modernos, así hubiera conmemorado Albert Samain, el pagano cantor de "Aux flancs du vase", a un vate amigo prematuramente desaparecido. Con ese canto quedó asegurada la reputación de Londoño y pudo decir el brillante escritor don Roberto Suárez, que sus versos "llamaban poderosamente la atención pública".

Cuando a la aparición triunfal de Guillermo Valencia, se inició francamente una evolución en la poesía colombiana, Londoño ocupó un lugar al lado del cantor de "Cigüeñas blancas". No obtuvo los éxitos ruidosos de éste, no se vio aclamado por las multitudes en los teatros o en las plazas públicas. No se prestaba a ello el carácter de su poesía, reflejo del temperamento retraído y apacible de su autor. Pero su prestigio se fue haciendo cada vez más sólido y más extenso. Se le saludó como a un maestro, y sus versos, cuando salían en los periódicos, eran cuidadosamente guardados por quienes no querían dejar perder ni una sola partícula del oro que el poeta cribaba con tan exigente economía.

En 1906 se fundó la revista "Trofeos", nombre sugestivo que indica la orientación poética de sus redactores, Víctor M. Londoño e Ismael López, que ha ilustrado luego el seudónimo de Cornelio Hispano. Esta revista, como la anteriormente citada, fue de corta duración, pero en una y otra se publicaron trabajos en prosa y en verso, que dieron alto testimonio de la cultura colombiana. No eran esos tiempos tan opacos como algunos creen. En "Trofeos" publicó Londoño no sólo bellas poesías sino notas críticas que revelan su gran cultura, su fino criterio, su perfecto conocimiento de la literatura, tanto antigua como moderna. Londoño seguía con mirada atenta la evolución de la poesía contemporánea, modificaba su natural tendencia parnasiana, con la adopción de ciertas novedades de la escuela simbolista, pero sin dejar de ser nunca el artista delicado y exquisito enamorado de un ideal de irreprochable perfección.

Porque esto fue Londoño ante todo: un artista. Lo fue en la vida y en la poesía. En la vida porque la llevó mansa, ordenada y serena, exenta de ambiciones, amiga de una penumbra discreta, pródiga de afecto para los amigos y de la bolsa para todo el mundo; imperturbable lo mismo en los bulevares de París que en las ardientes playas del Amazonas. En la poesía, porque pudiendo producir mucho y ganar una reputación como periodista, político y escritor público, prefirió confinarse en el cultivo de las letras, y en cuarenta años de vida intelectual, sólo nos dio un corto volumen de versos en que encerró lo más delicado y armonioso de su numen. Su insaciable anhelo de perfección lo llevaba a concentrar sus facultades para que de su taller no saliera sino obra acabada e impoluta. Sus composiciones son de corta extensión: cuadros en miniatura o notas sinfónicas de suavidad casi etérea.

La poesía de Londoño, flota en un ambiente luminoso; sus versos tienen una transparencia de cristal; y una música blanda y acariciadora. Traduce el ritmo interior de sus emociones en la clave tradicional de la versificación castellana. No hay en sus versos asperezas ni disonancias. Su Musa cubre con ligera tónica la esbeltez armónica de sus formas, y puede decirse de ella lo que Londoño dijo de la de Silva:

Musa gentil cuya sandalia de oro
apenas rasa el polvo de la tierra.

¿Qué cantó Londoño? Como eterno enamorado de la belleza, no canta sino las cosas bellas. No hay en sus versos visiones lúgubres, ni evocaciones siniestras. Ni siquiera la muerte se le presenta bajo la forma hórrida del tradicional esqueleto, sino como la doncella de "frente blanca y de pupilas graves", que vierte su beleño sobre la frente del poeta y lo arranca al amor de la Musa. Si canta temas clásicos nos describe a la Sirena en estrofas que parecen hechas de preciosos esmaltes. Si traza una escena bíblica, es la inefable de la Navidad, cuando centellea en Oriente la estrella de los Magos y "los corderos miraban hacia Jerusa-

lem". De vez en cuando asoma discretamente una silueta femenina esbozada de modo rápido. Poco nos reveló Londoño de sus sentimientos íntimos. No deslumbró al lector con ráfagas de luz violenta. Hizo llegar al corazón el reflejo de una lámpara de luz inalterable y pura. Su ideal de vida está expresado en aquel soneto que el poeta tituló "Ambición" y que significa todo lo contrario:

Quiero un cuartito blanco, adonde llegue
la luz del alba en tibios resplandores.

Gran pérdida han hecho las letras colombianas con la muerte de Londoño. Su obra poética estaba concluida pero su persona constituía un ejemplo. No estamos tan abundantes de valores intelectuales para que la desaparición de un poeta y escritor como él no deje un gran vacío. Y para los que declinamos, para los que cada día nos sentimos más aislados en un mundo nuevo, es triste ver que desaparecen los viejos compañeros, esos en cuya amistad confiábamos y cuyo trato nos dejó siempre un amable recuerdo. Ese hombre modesto y silencioso fue un gran poeta y un noble corazón. No conoció la emulación, ni la envidia, ni cultivó ese espíritu satírico que con tanta fruición se fomenta en esta tierra. Honró a la república en misiones diplomáticas ante el extranjero y ella no puede olvidar que habiendo sido siempre un hombre civil y tocando el lindero de los sesenta años, no vaciló en abandonar una posición brillante en París, para ir a exponer su vida en la región amazónica. Fue pagador de la expedición de Leticia y sus pulcras manos de poeta quedaron tan limpias como lo estuvieron siempre. Murió en la pobreza. Ejemplos como éste confortan el ánimo y enaltecen la nacionalidad.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO,
Consiliario, Colegial y catedrático
de Autores Clásicos en este
Colegio Mayor.

